

September 1 2019
Penelope Bridges
El banquete de Dios

Hace tres meses mi hermana y yo visitamos la ciudad de Durham en Inglaterra. Alguien nos había dado entradas VIP para un concierto en la catedral. Es una catedral muy antigua, gigante, y prominente, en la cima de una colina en el medio de la ciudad pequeña. La noche del evento, dos minutos antes del comienzo del concierto, llegamos a la puerta de atrás de la catedral, jadeantes después de la subida rápida.

La catedral en Durham tiene más que nueve cientos años. Es gigante, y esa noche estaba llena de gente. Alguien nos recibió y nos apresuró todo el camino por el pasillo central, a los asientos lo más prominentes y lo más visibles. De acuerdo, todo el mundo nos observaba. Era un momento de vergüenza.

En el evangelio de San Lucas está Jesús siempre en público: enseñando, predicando, o asistiendo a las cenas exclusivas. Cada vez que esté entre las autoridades Judías, él hace algo que los enfurecerá. Él anuncia que Dios lo mandó para cambiar el mundo. Él sana a los enfermos en el día de reposo. Él permite que una mujer desconocida derrame perfume en su cabeza. No se lava las manos antes de la cena. Él maldice a sus anfitriones y los llaman hipócritas. Y los Fariseos lo espían con odio.

La historia de hoy es la tercera y la última vez cuando Jesús cena en la casa de un Fariseo, y él critica a los invitados por escoger los asientos de honor. En nuestro tiempo, bastante recientemente, las cenas formales tenían la etiqueta rígida sobre los asientos y sobre el estado social. En el tiempo de Jesús los invitados más importantes se sentaban en los asientos más cercanos del anfitrión. Sentarse en el lugar equivocado sería un escándalo.

El mundo todavía tiene demasiado reglas de estado, si las notamos o no. Muchas personas no se sienten dignas de sentarse en la parte delantera de una catedral. Y muchas personas ya se sienten con derecho, si tienen razón o no, y no notan que las otras se quedan atrás.

Entonces, los Fariseos están espionando a Jesús y él los está espionando también. Dice, Cuando alguien te invite a un banquete, no te sientes en el lugar principal: busca al último y espera que recibirás una invitación de ascender. Su consejo puede ser sentido común para evitar la vergüenza, pero tiene también algunas capas de significado. Sabemos que, cada vez que habla Jesús de los banquetes y de las bodas, está hablando de la mesa de Dios, del Reino del Cielo, y de la generosidad de nuestro Dios que abraza a los afuera, y que da la voz a los silenciados.

¿Escuchan Ustedes estas noticias asombrosamente buenas? Jesús nos dice que hay espacio para todos en la cena de Dios. No importa donde te sientas, puedes relajarte y comer. No tienes que ser importante o famoso: Dios te cuidará. Este valor teológico es fundamental por nosotros aquí.

La iglesia nos puede mostrar el Reino de Dios: nos reunimos aquí, no porque somos amigos, no porque tenemos interesantes compartidos, sino porque estamos llamados al mismo camino.

Nuestro anfitrión generoso invita a todos de disfrutar la fiesta. Todos, si dignos o no, recibimos la misma misericordia, la misma gracia.

Muchas personas han sufrido el racismo, la homofobia, o la persecución económica. Muchas personas se han quedado en los asientos atrás. Cuando aquellas personas escuchan el evangelio, ojalá que se sientan animadas por la revelación que Dios pondrá en alto a los humildes y los llevará a los asientos VIP. Es mejor que noticias buenas. Es una oración de revolución para los pobres y para los sin poder.

La tarea por los privilegiados es de retroceder para que los otros puedan ascender. Los privilegiados pueden adoptar la vista de Dios que prefiere a los oprimidos y a los marginados. Es una tarea esencial, porque el pecado, el abuso de poder de la gente en los asientos de honor está destruyendo el planeta. Los océanos se están muriendo, los bosques se están quemando, y el clima se está volviendo extremo. La demanda para la conveniencia, para la carne de vaca, para el aceite de palma, para los combustibles fósiles y otros recursos han llevado nuestro mundo a la frontera de desastre. Es la hora en que él que a sí mismo se engrandece debería ser humillado. Es la hora en que deberíamos invitar a los pobres, los inválidos, los cojos y los ciegos de sentarse, porque los privilegiados han fallado en su administración del banquete de Dios.

Al principio de la Misa rogamos al Dios, el autor y dador de todo bien. Dios nos da el mundo y la vida gratis, para usar o abusar como deseamos. Podemos comprometernos a cambiar el mundo, compartir todos los regalos de Dios con todos los niños de Dios, sin juicio, sin pensar en el estado. Podemos limitar nuestra demanda de los recursos cuya producción dañe y agote el planeta. Pues, encontraremos la vida abundante, la vida que Dios nos ofrece. En este fin de semana cuando celebramos el Día de Trabajo, este trabajo vale la pena.